

Hombres, ideas y libros

Cristianismo con sentido social

Los documentos que a continuación reproducimos no constituyen propiamente una polémica. Gabriela Mistral, Alfredo L. Palacios, Romain Rolland y José Vasconcelos son los expositores de interesantes ideas acerca del problema religioso, especialmente en sus relaciones con la realidad actual americana y del mundo entero. En un plano más alto del espíritu estas ideas se complementan y armonizan. Todos los escritores nombrados, en efecto, reconocen en la religión una gran fuerza, un severo y singular dominio.

Es tal la actualidad de este asunto, tiene tantas y tan poderosas vinculaciones con muchos otros que a su vez también presentan contornos de problemas, que no hemos podido resistir al deseo de ofrecer íntegramente a nuestros lectores estos artículos y cartas, publicados primitivamente en diversos periódicos extranjeros.

UN aspecto doloroso de la América Latina en este momento es el divorcio absoluto que se está haciendo entre las masas populares y la religión, mejor dicho entre democracia y cristianismo. Como la pauta de las reformas más agudas la ha dado la dictadura rusa aterradoramente, los discípulos de la estepa consideran parte de sus programas no ya la a-religiosidad, sino la impiedad franca, solidaria de esta vergüenza rusa; en la Navidad del año pasado, recorrió las calles de Petrogrado

una procesión grotesca, en la que los fundadores de las religiones, Cristo entre ellos, iban personificados con mamarrachos.

Sabido es que el pueblo ruso era, hasta hace poco, uno de los más creyentes de la tierra. Sus jefes, al realizar el cambio de las instituciones, no debieron descuajar en él groseramente el sentido religioso de la vida, sino hacer en él una especie de depuración espiritual, limpiando el culto de superstición, elevando el cristianismo del mujik.

Pero esos jefes, en el aspecto político, han hecho dar a su raza el salto mortal sobre el abismo, cambiando el czarismo brutal, por la dictadura bolchevique, brutal también. La raza sin matices que es la eslava, dió también el salto trágico del misticismo más agudo a la impiedad más cínica. El contagio viene, pues, de la estepa; y como la nuestra también es una raza sin matices—eso que da la cultura exquisita—el caso se reproduce con semejanza muy próxima.

CONSERVANTISMO Y JACOBINISMO

Es grato leer en el libro de un pedagogo norteamericano de tantos quilates como el Rector de la Universidad de Columbia, un elogio de la religión como parte integrante de la educación y también como elemento propicio para la solidez de un pueblo. He leído eso con cierto estupor, porque en nuestra América del Sur el liberal es casi siempre un jacobino.

El jacobino podría definirse así: es el hombre de una cultura mediocre o inferior, sin ojo fino para las cosas del espíritu, el «denso». No ha advertido que la religión es uno de los aspectos de la cultura y que ha contribuido a la purificación del alma popular. Así, él rechaza lo religioso como factor de educación individual y lo rechaza de igual modo, como factor social; confunde, el muy burdo, religión con superstición, lo cual es algo parecido a confundir los marionettes con la tragedia griega.

ERRORES DEL CRISTIANISMO LATINOAMERICANO

Pero si el pueblo ruso, y con él los nuestros, el mejicano o el chileno, han abandonado con tanta facilidad la fe de sus mayores, dejándose convencer por sus violentos «leaders», hay que pensar, con la más infantil de las lógicas, que se les han presentado razones de un enorme poder convincente. No se arranca con esa facilidad una vieja fe, que ha nutrido a tantas generaciones, ni se destiñe ante una masa con esta rapidez una institución de excelencias poderosas.

El deber del cristiano es, en este caso, no lanzar apóstrofes iracundos y desesperados, sino hacer un análisis agudo, como el que se hace después de una derrota, para ver en qué ha consistido la fragilidad de un sentimiento que creíamos eterno.

Yo, que *he anclado en el catolicismo, después de años de duda*, me he puesto a hacer este buceo, con un corazón dolorido, por lo que mi fe pierde, pero a la vez con una mente lúcida, deseando, más que condenar, comprender el proceso.

Lo que he visto es esto: *nuestro cristianismo, al revés del anglosajón, se divorció de la cuestión social, la ha desdeñado, cuando menos, y ha tenido paralizado o muerto el sentido de la justicia, hasta que este sentido nació en otros y le ha arrebatado a sus gentes.*

Una fe que nació milagrosamente entre la plebe, que sólo con lentitud fué conquistando a los poderosos, estaba destinada a no olvidar nunca ese nacimiento. Pero a la vez de respetar esta tradición popular, tenía el deber de mirar que, fuera de su origen, la llamada plebe, que yo llamo el pueblo maravilloso, es, por su vastedad, el único suelo que la mantendría inmensa, haciéndola reinar sobre millares de almas. Las otras clases, por selectas que sean, le dan un pobre sustento, y toda religión ha aspirado siempre al número, lo mismo que toda política. Pues bien, *ni por tradición ni por cálculo sagaz, nuestro cristianismo ha sabido ser leal con los humildes.*

ASPECTOS DE LA RELIGION

Yo sé muy bien que no es la ayuda social la forma más alta de una religión, sé que Santa Teresa, la mística, es una expresión religiosa más alta que una sociedad de beneficencia católica y que San Agustín es mayor que San Vicente de Paul, porque la santa y el enorme teólogo recibieron lo más alto: el mensaje divino dentro de la carne. Pero a las cumbres de la religión, como a los Himalayas de la geografía, no asciende sino un puñado de hombres.

La fe de Cristo fué, entre la plebe romana, y sigue siéndolo para el pueblo hoy, una doctrina de igualdad entre los humanos, es decir, una norma de vida colectiva, una política (ennoblezcamos alguna vez la palabra manchada). Tal aspecto de la religión, el que más importaba a las masas, no se hizo verdad entre nuestros países. La acción social católica en la Argentina es ya intensa; en Chile hace cosa estimable, pero no lo suficiente todavía, y en otros países, que prefiero callar, no existe.

El pueblo trabajador se ha visto abandonado a su suerte, en una servidumbre sencillamente medioeval y ha acabado por hacer este divorcio entre religión y justicia humana. Han ido hacia él los agitadores a declararle que el cristianismo es una especie de «canto de sirenas», con el cual se quiere adormecer sus ímpetus para las reivindicaciones; los «leaders» le han asegurado que la búsqueda del reino de los cielos es incompatible con la creación de un reino de la tierra, es decir, del bienestar económico.

El pueblo no es heroico, es decir, no es la carne de sacrificio que han sido sólo los hombres sublimes; y no debía esperarse de él que, ante la elección, optara por el otro...

Los malos pastores le han dicho que no hay entre las dos cosas alianza posible, y el pueblo se ha ido con los que prometen pan y techo para los hijos.

TODAVIA ES POSIBLE LA RECONQUISTA

No podemos perder tantas almas, pues por mucho que valieran las nuestras, Dios no nos perdonaría el abandono de las multitudes que son casi el mundo. El catolicismo tiene que hacer la reconquista de lo que, por desidia o egoísmo, ha enajenado, y esto será posible si los católicos demostramos que, en verdad, somos capaces de renunciación, o sea, capaces de la esencia misma de nuestra doctrina.

No bastan las pequeñas concesiones hechas hasta ahora. Lo que la Bélgica católica realiza en favor de sus obreros y campesinos, significa un programa enorme y los que lo conocemos, sentimos vergüenza; lo que hacen los católicos alemanes en este momento es también una cosa heroica y que, en nuestros países, parecería de radicalismo alarmante.

Hay que prepararse a una acción semejante, resignándose a la pérdida de muchos privilegios que nosotros llamamos ladinamente derechos...

El hambre de justicia despertada en el pueblo no se aplaca con una mesa estrecha de concesiones; el pueblo, además, sabe que conseguirá reformas esenciales con la prescindencia nuestra, y su actitud no es ya la de la imploración temblorosa. Tenemos que habituarnos al nuevo acento de las masas populares; hiere los viejos oídos, un poco femeninos de puro delicados, mas tienen que oír esos oídos.

CRISTIANISMO ESTETICO O DILETTANTISMO RELIGIOSO

Todo el bien que hoy día puede hacerse al catolicismo y al cristianismo en general, es un sacrificio de intereses materiales. O se da eso, o se declara lealmente que la doctrina de Cristo la aceptamos sólo como una lectura bella, en el Evangelio, o como una filosofía trascendente que eleva la dignidad humana, pero que no es para nosotros una religión, es decir, una conducta para la vida.

Si somos diletanti de la Escritura, recitadores estéticos de una parábola, por su sabor griego de belleza pura, es bueno confesar nuestro epicureísmo; nos quedaremos entre los comentadores literarios o filosóficos de la religión.

Si somos lo otro, los cristianos totales del Evangelio total, iremos hacia el pueblo. Ordenaremos un poco sus confusos anhelos sobre reformas de nuestro sistema económico y, mezclados con ellos, hemos de discutir primero y conceder en seguida.

A los egoístas más empedernidos será bueno decirles que, *con nosotros o sin nosotros, el pueblo hará sus reformas; y que ha de salir, en el último caso, lo que estamos viendo: la democracia jacobina, horrible como una Euménide y brutal como una horda tártara.* Elijamos camino.—GABRIELA MISTRAL.

A Gabriela Mistral.

Mi querida amiga: me es grato contestar la carta que me dirige, publicada en *El País* de Montevideo, el 1.º del actual, plena de cordialidad amistosa y de esa bondad tan cálida, de acento maternal, pura fragancia que emana de su persona y su obra.

Tan interesante como trascendente es el problema que usted plantea en su carta referente al predominio del materialismo sensualista y la carencia de idealidad, que advierte usted en nuestra época, a lo cual opone, como único remedio, la intensificación de la creencia religiosa y en especial del catolicismo.

Sorprendente es, en verdad, ese criterio en sus labios, ungidos con el prestigio de su poesía, que tal como usted atribuye a mi caso, hace tanto más grave y peligroso para la juventud del continente, cualquier erróneo concepto, sobre todo si se considera la íntima sinceridad de su palabra, de que nadie dudará.

Usted, mi querida amiga, ha recibido seguramente, como casi todo ibero-americano, la fe en el catolicismo como herencia familiar, tradición doméstica santificada con el fervor de las enseñanzas maternas.

Naturaleza eminentemente emotiva, como buen poeta que es, no ha pensado en revisar, ni en aquilatar por su razón esas enseñanzas que cristalizan para los pueblos en dogma estricto y paralizante. A pesar de ello su espíritu, rico de savia jocunda, ha desplegado las alas y tendido su vuelo en canciones impregnadas de humanismo, de recóndita ternura, de cordialidad universal. Como le dije a usted ya en otra ocasión, ante el dios que aparece en su poesía no puede haber ateos, porque no es un dios teológico, dogmático y personal, sino el sentimiento de unidad, de comunión espiritual, divinizado. Pero usted identifica este idealismo suyo con la fe católica, y aun parece inferir ingenuamente que aquel proviene de ésta, sin advertir que en otro lugar, o en otros tiempos, ya habrían provocado su obra y su persona, la persecución y el anatema de esa misma religión que usted defiende. Dígalo si no, el hecho, harto significativo, de quiénes son los que han apreciado su obra y de los cuales se ha sentido más cercana. Son los revolucionarios mejicanos, en cuya acción cultural ha colaborado usted con eficacia y con amor; es el espíritu inquieto, profundamente renovador de José Vasconcelos; el fuerte, el irreductible Romain Rolland, el más potente y audaz removedor del alma latina; y en fin, modestamente, yo, a quien usted califica con la honrosa denominación de espíritu libre, precisamente por que rehuyo toda imposición dogmática o interés convencional. No creo que nos niegue usted a nosotros, sus amigos, tan ajenos a toda fe concreta y sobre todo al catolicismo, el idealismo espiritual, ni que nos incluya entre los materialistas, en el sentido que da usted a esa palabra, de relajamiento ético y persecución de fines exclusivamente utilitarios.

Si mira usted en rededor de sí y si examina la historia occidental de los últimos tiempos, no será en el campo del catolicismo donde encontrará los ejemplares de mayor abnegación y humana idealidad. Nadie más idealista y desinteresado entre nosotros que el bíblico Almafuerte cuya vida fué un ejemplo de cristianismo pristino y que no se doblegó jamás a confesionalismo religioso alguno porque no aceptaba lo definitivo sino

como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer».

¿Quién le negaría idealismo a Pedro Kropotkin, el hombre más altruísta, la vida moralmente más ejemplar del siglo pasado, no obstante su inquebrantable materialismo científico?

Si admitimos como verdadera la afirmación de Lorenzo de Médicis, de que aquellos que no esperan otra vida, están ya muertos en ésta, deberemos, asimismo reconocer que hay más sentimiento altruísta y más vitalidad espiritual en los que se esfuerzan y se sacrifican por alcanzar el mejoramiento de la humanidad futura, a la que ellos no conocerán, que en quienes se abstienen de obrar mal por temor a los castigos de ultratumba, o realizan buenas obras para obtener recompensas personales en un cielo reservado para ellos.

Es indudable que habrá católicos idealistas, como usted misma lo es, pero lo serán más bien por su índole personal que en razón de su catolicismo.

Recientemente, como usted sabe, se realizó en Argentina el movimiento más idealista de nuestra época en América: la reforma estudiantil y precisamente lo inició la juventud cordobesa arrancando la Universidad del dominio asfixiante del catolicismo que tenía aquilosa la enseñanza y amordazados a los espíritus.

Hubo un tiempo en que el catolicismo fué un ideal revolucionario, como lo siguen siendo hoy a pesar de todo, las doctrinas de Jesús, el rebelde más audaz y más universalista que ha existido. El mismo nombre católico significa *universal*, como es sabido, porque el credo católico no reconoce patria, porque aspira a convertir la humanidad en una sola grey dirigida por un solo pastor. Sin embargo, usted es patriota a despecho de su catolicismo, y aun se lamenta de que yo abogue por lo que entiendo ser justo en favor de otro pueblo americano que usted juzga antagonista de su patria.

Y es que los ideales, querida amiga, son como las antorchas: Cuando se encienden, esparcen más humo que llamas; mientras arden plenamente y se convierten en luz que ilumina a los hombres, amenazan abrasar la mano que la sostiene y las de-

fiende; pero más tarde, se apagan, consumidas, se transforman en tizón y ya no son peligrosas para aquel que las esgrime, pero no alumbran a nadie.

Así sucede hoy con las religiones oficiales. El cristianismo actual ya no es el de San Pablo, ni el de las catacumbas, que socava los cimientos de un mundo groseramente materialista para fundar una nueva civilización espiritual a través de las persecuciones y martirios. Ahora el catolicismo es parte integrante y principal de esta sociedad sensualizada y comparte el dominio y la riqueza con los señores del oro.

Tiene más intereses que conservar que ideales y renovaciones para promover. Contra su inercia ya secular se estrellaría vanamente todo poder humano que intentara reformar su espíritu. Por eso me ha producido asombro su afirmación de que nosotros tenemos que utilizar el catolicismo. ¿Quiere usted paralizar más todavía el alma de nuestros pueblos? Porque tal es el efecto del catolicismo: el de someter y reducir.

¿Piensa usted, que, en realidad, fomentan el idealismo los gobiernos que consagran sus países al corazón de Jesús, aun a costa de víctimas humanas, más bien que los que defienden la justicia y rinden culto a la libertad de la conciencia? ¿No advierte usted en el catolicismo una fuerza regresiva opuesta a toda reforma y a todo mejoramiento? ¿Qué tenemos nosotros de común con un poder que es el enemigo irreductible de la ciencia y de la renovación?

Su mismo protestantismo que se funda en la libre interpretación del texto bíblico, ¿no ha inspirado en Norte América, recientemente, la ley antidarwiniana, prohibiendo a los maestros que expliquen a sus alumnos el origen del hombre según las teorías de Darwin, y obligándoles a que lo hagan de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia?

¿No cree usted que tal procedimiento, injurioso para la razón humana, sólo puede producir la servidumbre del intelecto y el predominio grosero de los sentidos?

Sí, mi noble amiga. No serán las ideas ya gastadas y cadu-

cas las capaces de elevar el nivel moral humano, sino los nuevos ideales renovadores del alma de los hombres.

Vivimos en un momento de transición en que se derrumban muchos ídolos y se desmoronan los poderes que sobre ellos se fundaron. Ya el espíritu no anima las formas tradicionales y labora silenciosamente para trazar nuevos cauces en el alma humana. Usted misma reconoce que han descendido las religiones desde la mística a la costumbre. Las instituciones del pasado siguen viviendo por el impulso adquirido en otros tiempos. Agotada la presión espiritual se relajan todos los resortes. Pierden su imperio sobre las almas los preceptos normativos, los instintos recobran su primario dinamismo propulsor y desciende el nivel de la existencia.

Tal es la causa real del materialismo de hoy, señalado por usted, que no puede remediarse con una vuelta al pasado, sino acelerando el paso hacia el futuro.

La inquietud religiosa de estas épocas se refugia en las mentes renovadoras, en las almas cargadas de misterio que miran al porvenir y traducen las voces del espíritu como Emerson y Carlyle, y entre nosotros Almafuerte, y Rodó.

Ya en nuestra América existe un soplo de inquietud y fervidos anhelos que mueve a la juventud. Algunas almas selectas, como el maestro Vasconcelos, perciben ya la vislumbre de un modo moral más alto y laboran con ahinco para encarnarlo en la realidad. Usted misma es la expresión de ese espíritu anhelante. Si ausculta usted el corazón de la juventud idealista advertirá los latidos de una nueva vida informe, exuberante y jugosa, que pugna por abrirse a la existencia.

Fundado en nuestra amistad y en la admiración que su obra y su persona me merecen, así como en el interés común que nos inspira, yo me atrevo a pedirle que quiera colaborar en este alumbramiento.

Considero respetable y aun fecunda toda fe profesada sinceramente, y por lo tanto respeto sus creencias religiosas. Pero creo que el deber que en esta hora nos impone el destino americano es el de favorecer el nacimiento de esa nueva vida que

se anuncia. Ayúdenos a forjar, con sus manos maternas, esta joven alma americana que viene henchida de fe, rebotante de idealismos, dispuesta a hacer una sola patria de la América Latina y a volcar en ella todos sus anhelos.

Usted es el corazón dinamizante de esa juventud. No malogre la esperanza que tiene puesta en usted. Abandone el pasado, sumergido en un usualismo estéril, y vuelva sus miradas al futuro donde le espera la juventud, grávida de generosas ilusiones.—ALFREDO L. PALACIOS

Mensaje de Romain Rolland a la juventud ibero-americana

Villeneuve (Vaud) Villa Olga.
Mayo 16 de 1925.

Señor D. Alfredo L. Palacios.—Mi querido Decano: He leído su bello mensaje a la Juventud Universitaria de Ibero-América, así como la carta a nuestra común amiga Gabriela Mistral.

Comparto en un todo los pensamientos que Ud. expresa. Católico de nacimiento, conozco ciertamente cuánta consoladora belleza es posible disfrutar dentro de la fe cristiana. Pero creo que hay un error, y hasta un peligro, en querer orientar nuevamente hacia ella la humanidad actual. Comprendo demasiado bien que ciertas almas generosas, decepcionadas por la tristeza de la vida, por sus fealdades, por sus vergüenzas, sientan la ardiente necesidad de refugiarse, destrozadas, a los pies del Crucifijo. Mas ellas no tienen el derecho de ofrecer esa derrota—por noble que sea—como objetivo a las esperanzas y a los ardientes esfuerzos de la juventud del mundo y de los pueblos, esos eternos niños...

En cuanto a mí, la vida me ha colmado de dolor y de ultrajes; estoy enteramente cubierto de heridas; he sido vencido diez veces. Pero aun suponiendo que cayese, ensangrentado, y que no pudiera levantarme nunca, diría a los demás: «¡Deteneos!». Diría a los jóvenes, hombres y mujeres, a los pueblos, a todos los seres que amo: «Marchad. ¡Avanzad siempre! ¡Pasad sobre

mi cuerpo! ¡Mirad hacia adelante! ¡Delante de vosotros está la luz! No hay que quitar jamás al hombre la esperanza en el mañana ni impedirle el fecundo esfuerzo por convertirla en realidad. Y no es en el momento en que por doquiera en el mundo brilla el espíritu humano como un astro rutilante, que hay que apartar de su intrépida trayectoria a las miradas jóvenes, induciéndolas a volverse hacia la pura y pálida estrella de Be-thleem! El pasado tuvo su belleza, pero el porvenir está pletórico de esplendor y de infinitas fuerzas. Nuestro Dios es el porvenir.

Admiro su ferviente mensaje a la juventud ibero-americana. Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. ¡Federaos! ¡Uníos! ¡A la obra, sin tardanza! No hay que perder un solo día. ¡Jóvenes de Ibero-América, os envidio: tenéis para sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroica!

Querido Palacios: Permítame estrecharle afectuosamente la mano, y créame, le ruego, su affmo. amigo.—ROMAIN ROLLAND.

Ruégole trasmita a nuestra amiga Gabriela Mistral, a quien quiero y admiro, mi respetuoso recuerdo. La luminosa huella de su paso por «Villa Olga» no se borrará jamás.

Carta de Vasconcelos al Dr. Palacios

Palma de Mayorca. Agosto 9 de 1925.

Muy querido amigo: Llevo tres meses de constante variar de sitio por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya, en que se decía católica. Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetisa y a usted, el generoso maestro de juventudes, y esto me da ocasión de terciar con ventaja en el debate; aunque más bien no hay asunto a debate, porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos, cristianos de verdad que por lo mismo no pueden ser católicos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino una

ley protectora de los trabajadores explotados por terratenientes, que por lo general son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, ya no digo la Iglesia, siquiera algún sacerdote que se pone en frente del explotador para defender a los débiles, creeré que ese hombre, aun siendo católico, está animado por el espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la hora de la muerte a cambio de una dotación para el culto, son católicos, pero no cristianos. Más cristiano fué usted en el momento que ya digo, que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en San Francisco y por poco lo excomulgan.

Eso mismo sentían los católicos, respecto a Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces una literata peligrosa, pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas. Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile; después de que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado de si no hay quién les pegue un golpe, volverán a establecer la Inquisición para los asuntos religiosos tal y como ya hay censura en asuntos civiles. Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo semejante a lo que a mí mismo me ocurre: la preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; frecuentemente me he declarado yo católico en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que esa convicción, aun siendo en mí firme, más bien me aparta que acercarme a la Iglesia. La Iglesia católica contemporánea es una obra bien organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes.

Cuando desembarqué en España, hace unos dos o tres meses, me sentía casi completamente católico; deseaba rezar en el retiro de una vieja catedral; pero casi todos los templos espa-

ñoles están profanados por la costumbre de poner en el sitio mismo del altar los restos podridos de cada pícaro que algo ha sido dentro de la dinastía. La Iglesia española tradicionalmente, es la sierva de los reyes. En realidad lo mismo hace en todas partes: traiciona al humilde para congraciarse con el poderoso. No representa la religión sino la liturgia, no posee sacerdocio sino una burocracia cobarde y glotona. La Iglesia católica está en todos instantes detrás de cada intento de reacción. El negro poder jesuíta crece. La iglesia se ha vuelto completamente jesuítica; ya no es católica, ya no es romana; ha llegado a ser jesuíta. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable? Adelante mi querido amigo; soy uno de los que lo seguirán en nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán entender los católicos que Cristo está más cerca del atormentado Carlos Marx, mucho más cerca que del iluminado Tomás de Aquino.

Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa, que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla en favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelve a su seno. Pero, entretanto, me voy con los ateos, si los ateos imponen la justicia.—JOSÉ VASCONCELOS.